

# DISCOS ACUSADORES

94

REX STOUT



COLECCION

*Rastros*

Alfred Hicks se gana su apodo «Alphabet» por sus extrañas tarjetas de presentación. Están impresas con su nombre y una serie de letras aparentemente sin sentido que obligan a todos los que les entrega una tarjeta a preguntar: «¿Y qué significa eso?» E.M.D.D.D.E.P.D.L.H. es Espectador melancólico del dolor de estómago psíquico de la humanidad. C.A.L.A.D.B. se traduce como Candidato a la Alcaldía de Babilonia. (No Babylon, Long Island, sino la Babilonia del Antiguo Testamento). Hicks es bastante sarcástico. También es un abogado inhabilitado que se gana la vida principalmente como taxista cuando no está tratando de ser detective privado. Es en su papel de taxista que es reconocido por una de sus clientas, Judith Dundee, quien lo contrata en el acto.

Su esposo Dick Dundee, presidente de una empresa de fabricación de plásticos, sospecha que ella le traicionó y vendió secretos corporativos a su rival. La Sra. Dundee le dice a Hicks que su marido está paranoico y se ha vuelto contra ella amenazándola con poner fin a su matrimonio. En el centro de su paranoia hay pruebas que demuestran que ella ha estado confabulada con Jimmy Vail, el propietario de la empresa de plásticos de la competencia. Su precio por contratar a Hicks es demasiado para resistirse. Asume su caso y pronto se ve envuelto en una serie de asesinatos y en un complot de espionaje corporativo.

## CAPÍTULO I

**S**i Judith Dundee no hubiese leído el nombre del conductor del taxi en la tarjeta de identificación clavada en el respaldo del asiento delantero, podría haber encontrado otra solución a su problema.

Lo que la impulsó a fijar su atención en el nombre del chófer fue un pequeño incidente que ocurrió cuando el taxi se detuvo ante la luz roja de la intersección de 50th. Street y Park Avenue.

Tres o cuatro peatones se fijaron en el taxi para asegurarse de que detendría la marcha. Uno de ellos, un hombre muy bien trajeado y de porte distinguido, hizo un ademán de reconocimiento. Luego se acercó hasta el costado del vehículo y saludó al conductor con un fuerte apretón de manos mientras decía cordialmente y con tono respetuoso:

—Hola, Hicks, ¿cómo está?

Esa fue la primera y última vez que Judith vio al bien trajeado caballero; pero ese incidente, al parecer sin importancia, le prestó un gran servicio. Su atención abandonó el problema que trataba de resolver desde horas atrás, para concentrarse en la tarjeta de identificación, donde leyó: «A. Hicks». La inicial «A» despertó su memoria. No tardó en recordar un par de ojos castaños amarillentos que, por su brillo y la configuración particular de sus párpados, semejaban los de un gato o tigre. También recordó el artículo que había leído en una revista (la *New Yorker*, un año atrás): «graduado en leyes de Harvard... dramático

abandono del foro un año después... años siguientes un misterio... sereno... guarda de subterráneo... el famoso caso Harley... la muchacha con alfileres clavados en las manos y pies...»

Cuando subió al taxi en 40th. Street se encontraba tan preocupada que no reparó en las facciones del chófer. Ahora, que ya había llegado a la casa de departamentos donde vivía, en la intersección de Seventies y Park Avenue, hizo caso omiso del portero que se adelantó a abrir la portezuela del auto, permaneciendo inmóvil en su interior. Luego se inclinó hacia el asiento delantero, preguntando:

—¿Es usted Alphabet Hicks?

El conductor dio vuelta la cabeza, permitiendo que su pasajera le viera el rostro... y los ojos. Eran tan extraordinarios como los recordaba. No dándose cuenta de lo innecesario de tal pregunta, Judith Dundee inquirió:

—¿De modo que ahora es conductor de taxi?

—No —contestó Hicks.

La dama rio nerviosamente.

—Fue una pregunta estúpida de mi parte —reconoció, mientras despedía al portero con un ademán—. Advierto que no me recuerda. Hace más de un año, cuando usted trabajaba en una compañía maderera, leí un artículo sobre su persona y decidí invitarlo a una cena a fin de hacerlo conocer a mis amistades; pero, con gran desilusión de mi parte, usted rehusó.

—Dundee —dijo Hicks.

—¿Se acuerda, entonces?

—No, solo trataba de adivinar. Hay un auto detrás de nosotros que quiere acercarse al sitio que ocupamos.

—Déjeles —contestó Judith Dundee mientras miraba por la ventanilla. Luego agregó impulsivamente—: Es necesario que hable con usted. Esta vez no se trata de invitarlo a una cena, sino que tengo que hacer frente a innumerables dificultades.

–¿Qué clase de dificultades? –preguntó Hicks con una sonrisa burlona.

–Es una historia muy larga. ¿Por qué no estaciona a la vuelta y sube a mi departamento para hablar con tranquilidad?

–Está bien –aceptó Hicks mientras ponía el auto en marcha.

Judith Dundee cumpliría cuarenta y cinco años dentro de pocos meses. Si los aparentaba o no, dependía de muchos factores: la hora del día o de la noche, la iluminación y el estado de sus nervios. Cuando las condiciones eran ideales y debido a la tersura de su cutis, a sus grandes ojos castaños y a lo delicado de su cuello y mentón, no representaba más de treinta años.

En ese miércoles de septiembre, sin embargo, las condiciones estaban lejos de ser ideales. Parecía una mujer agobiada por preocupaciones cuando se acomodó en un diván en el imponente vestíbulo del departamento de lujo en Park Avenue.

–Las dificultades en que me encuentro son de carácter... íntimo –comenzó a explicar.

El conductor del taxi se limitó a inclinar la cabeza en señal de comprensión. Su apariencia distaba mucho, sin embargo, del aspecto de la mayoría de los conductores. Sus ropas no estaban engrasadas y su cara lucía pulcramente rasurada.

–Con esto quiero decir –continuó Judith Dundee– que me desagradaría que los extraños se enterasen. Sin embargo, necesito ayuda sin demora. Pensaba encargar esta tarea a una agencia de detectives privados, pero la perspectiva no me agrada. Luego, cuando leí su nombre en la tarjeta, recordé el artículo de una revista que hablaba de su extraordinaria personalidad.

–He aceptado su invitación para escuchar sus problemas y no para que me elogie –gruñó Hicks.

La dama lo miró dubitativamente unos segundos. Luego, en forma brusca y con voz ronca, dijo:

–Mi marido se ha vuelto loco.

–Nunca me he hecho cargo de un demente –protestó el conductor.

Sin hacer caso a sus palabras, la dama siguió:

–Estamos casados desde hace veinticinco años. Nuestra vida en común no ha sido precisamente una armonía ininterrumpida; soy un poco extravagante y él también tiene sus defectos. Sin embargo, nos hemos llevado bien. Tenemos dos hijos y nunca hemos tratado de envenenarnos mutuamente. Imagino que nuestros amigos consideran que la felicidad de nuestra unión es superior a la del término medio. Pues bien, de repente, la semana pasada, el martes para ser más exacta, mi marido regresó de la oficina y me preguntó con una mirada furiosa cuánto tiempo hacía que visitaba a Jimmie Vail.

–¿Jimmie Vail? –interrumpió Hicks–. ¿Es un hombre?

–Seguro que es un hombre. Quedé confundida ante esa pregunta. Cuando pude hablar le contesté que a mi edad, si me decidía a visitar clandestinamente a algún hombre, elegiría a un sujeto mejor que Jimmie Vail. Sin deponer su furia, me respondió: «No me refería a eso. Ya sabes sobre lo que hablaba. Quiero decir cuántas veces has estado en su oficina para traicionar los secretos de mi laboratorio. No lo niegues, porque tengo pruebas».

»Esas palabras me dejaron muda de asombro. Antes que pudiese decir algo en mi descargo, siguió:

»¿A quién se los compraste, a Brager? ¿Y cuánto te pagó Vail a su vez? ¿Conseguiste un buen precio?

»Le pregunté si se había vuelto loco. Me dijo que era inútil que tratara de negarlo porque estaba seguro de lo que afirmaba, y todo lo que me pedía eran los detalles completos para decidirse a actuar. No pude convencerlo que se hallaba en un error. En ese momento alguien entró y mi esposo se fue, no regresando aquella noche. Al día si-

guiente, al mediodía, volvió a insistir sobre lo mismo. Fue algo terrible. Finalmente me pidió que fuera a su oficina esa tarde a las cuatro. Empecé a sospechar que estaba enfermo. A las tres me habló por teléfono para decirme que no fuera y, sin darme otra explicación, cortó la comunicación. A pesar de todo, me decidí a ir. Pero al llegar a su escritorio me informaron que no se encontraba en su despacho. Aquella noche regresó muy tarde y rehusó hacer ningún comentario. ¡Hasta el presente se niega a explicar nada! Cuando trato de interrogarlo al respecto, se marcha. Delante de otras personas me trata como si nada hubiese sucedido, pero cuando estamos solos se encierra en su habitación sin pronunciar una palabra. ¿Ha escuchado alguna vez algo parecido?»

–Parece todo muy extraño –comentó Hicks–. ¿Qué clase de secretos cree su esposo que usted ha vendido?

–Me imagino que secretos de fabricación de plásticos. Es lo único...

–¿Qué son plásticos?

–Pues, son... plásticos –contestó Judith asombrada–. Ahora todo se hace de plásticos; lapiceras fuentes, relojes, muebles, fuentes, hasta Henry Ford está tratando de usarlos en los automóviles. Se hacen de todos colores...

–¿Su marido fabrica plásticos? –interrumpió Hicks.

–Sí. Su firma es una de las más importantes: R.I. Dundee & Cía. La oficina central se halla en 40th. Street y la fábrica en Bridgeport. Eso es todo lo que sé porque mi esposo nunca comenta los negocios conmigo.

Su voz tomó un tono metálico. Se hizo más preciso porque de ordinario empleaba tonos dulces e inflexiones suaves. Con un suspiro, agregó:

–¿Cómo es posible que vendiese secretos de fabricación si no sé nada sobre la misma? Además, ¿cómo es posible que una esposa perjudicase a su propio...?

–¿Quién es Jimmie Vail? –interrumpió nuevamente Hicks–. ¿Fabrica plásticos él también?

—Sí, es el presidente de la Republic Products Corporation.

—¿Un competidor?

—En efecto. Hace años él y mi esposo eran amigos, pero luego se distanciaron. Mi esposo afirma que Vail es un pillo y un ladrón. No sé si es verdad, pero aparentemente ha conseguido las fórmulas de mi esposo de modo poco digno. Esto viene sucediendo desde hace dos o tres años.

—¿Conoce bien a Vail?

—Antes sí, pero ahora hace tiempo que no lo veo.

—¿Ha estado hace poco en su oficina?

—Nunca he ido. Ni siquiera sé dónde se encuentra.

—Su esposo le preguntó si había comprado las informaciones a Brager. ¿Quién es Brager?

Judith Dundee sonrió, entre divertida y desdeñosa.

—Herman Brager —contestó—, es un hombre de ciencia. Un genio, según mi marido. Hace experimentos y descubre cosas asombrosas. Ha trabajado con la compañía durante muchos años. Como se niega a trabajar en Bridgeport, mi esposo le ha edificado un laboratorio en Westchester, cerca de un paraje llamado Katonah. Es todo un personaje.

—¿Lo conoce?

—Lo he visto a menudo. Mi esposo suele traerlo aquí en oportunidades. Viene a la ciudad dos veces por mes y cena con nosotros. Luego pasa el resto de la velada hablando de negocios con mi marido. Ahora que recuerdo, pude haber tenido una oportunidad para enterarme de secretos de fabricación, pues una noche olvidó su portafolio en nuestro departamento. Por supuesto, ni siquiera lo abrí, pero debe haber contenido papeles de importancia, porque a la mañana siguiente mi hijo vino expresamente para retirarlo.

—¿Cuándo sucedió esto?

—El mes pasado.

—¿Trabaja su hijo con la compañía?

—Sí. Tiene veinticuatro años de edad. Terminó sus estudios en M.I.T. en junio y ahora colabora con Brager.

Hizo una ligera pausa, acomodándose mejor en el diván, como si la violentase el tener que confesar que tenía un hijo tan crecido. Luego preguntó, con una sonrisa:

—Me ayudará, ¿verdad? ¡Me siento tan desamparada! Esta mañana regresaba de visitar a un amigo de la infancia, que fue testigo de mi boda, a quien había pedido que hablara con mi esposo. Conversó con él un par de veces, pero también con él se negó a aclarar su conducta. Por eso pensé recurrir a un detective privado. Me ayudará, ¿verdad? Aunque el artículo que leí comentaba que desprecia el dinero, puedo pagarle lo que me pida.

—No desprecio el dinero —contestó Hicks con un destello en su mirada que hacía semejar más que nunca sus ojos a los de un gato—. A pesar de lo que decía el artículo, no soy tonto. Pienso que sería divertido que usted hubiese realmente vendido los secretos de su esposo y que lo que trata de averiguar es la clase de pruebas que este tiene en su contra. También pienso que doscientos dólares me vendrían muy bien.

—Le he dicho la verdad, señor Hicks.

—Muy bien, acepto su protesta de inocencia. Quizá pueda decirme algo más.

Sin embargo la dama no pudo aportar otro dato de importancia, aunque transcurrió otra media hora respondiendo las más diversas preguntas. Cuando Hicks se marchó, llevaba en su bolsillo una suma de dinero y en un sobre bajo el brazo una fotografía grande de Judith Dundee. No había explicado por qué la necesitaba. Cuando estuvo en el exterior, se encaminó a su taxi sin pérdida de tiempo.

Un vigilante, evidentemente nuevo en el oficio, trataba de ponerse en comunicación con la seccional de policía

utilizando el teléfono de emergencia de la Avenida Madison.

Cuando se estableció la comunicación, informó con voz insegura:

–Hacía el recorrido habitual cuando un taxi se detuvo a mi lado y el conductor, después de saludarme, me puso en la mano un pedazo de papel. Lo desdoblé y leí: «Tenga la amabilidad de telefonar a Sheridan 9-8200 y dígame a Jake que mande un conductor para el taxi. No tengo tiempo de hacerlo porque la policía me persigue». Está firmado: «A. Hicks». Ese es el nombre que aparece también en la tarjeta de identificación del auto de alquiler. Como la caligrafía es un poco complicada, cuando terminé de leer la nota el hombre ya había desaparecido. Empecé...

–¿Cómo era?

–Tendría alrededor de treinta y cinco años, de mediana estatura, de movimientos lentos, por lo menos así me pareció al principio, boca grande y unos ojos como... como un mogol, no... como...

–Ya sé –interrumpió el sargento de la seccional–, se trata de Alfred Hicks, alias Alphabet Hicks. Guarde ese papel porque quiero verlo.

–Quizá pueda seguir su rastro sí...

–Olvídese de eso. Y llame al número que pide.

–¿Quiere decir –preguntó el novel policía– que se trata de una broma?

–De todas maneras se ahorró una moneda, ¿no?

Hubiera sido satisfactorio poder afirmar que durante las horas siguientes de ese miércoles por la tarde, Hicks se preocupó por su flamante clienta. Pero el único progreso realizado en tal sentido fue la gradual desaparición del dinero de Judith Dundee de la siguiente manera:

Ropas	\$
	65.00

Cortaplumas	\$ 2.50
Caja de dos libras de bombones	\$ 2.25
	\$
Bono para la British War Relief	100.00
Fotos de Myrna Loy, Diana Durbin y Shirley Temple	\$ 4.00
	\$
TOTAL	173.75

A las siete, Hicks comía espaghetis en un restaurante italiano de East 29th. Street. A las nueve se hallaba jugando a las cartas, y a la medianoche subió al cuarto amueblado que ocupaba desde tiempo atrás y por el que pagaba seis dólares semanales.

Con su pijama amarillo y castaño sentóse en el borde del lecho, y, después de aspirar con deleite el aroma que se desprendía de la caja de bombones, exclamó:

–Primero los ganaré y después me los como.

## CAPÍTULO II

**E**n la sala de espera de las oficinas de la Republic Products Corporation, en la Avenida Lexington, se hallaba sentada tras el escritorio una muchacha que trataba de disimular un bostezo con la mano. Eran las nueve y cinco del jueves por la mañana. La vida se le presentaba opaca y sin atractivos. Los pies le dolían terriblemente. Había bailado hasta pasada la una de la madrugada, dormido menos de seis horas y viajado de pie en el subterráneo. No podía aguantarlo; estaba bien para una jovencita, pero no para ella que ya tenía veinticuatro, casi veinticinco años.

—Buenos días —dijo una voz estridente a su lado.

El sonido la irritó. Levantó los párpados soñolientos y vio frente a sí a un individuo trajeado con ropas color castaño, evidentemente nuevas, que llevaba un sobre bajo el brazo.

—¿A quién quiere ver? —preguntó.

—A usted.

La vieja broma la dejó indiferente. Los pies le dolían demasiado para aceptarla de buen humor. Por toda respuesta se rio burlonamente.

—No —protestó el hombre—, lo dije en serio. Quiero preguntarle si le agradaría un viaje a Hollywood.

—Seguro —contestó con sorna—. ¿Necesita la Garbo una doble, o qué?

—Nunca llegará a nada con una actitud semejante —replicó el hombre severamente—. La oportunidad llama a su puerta y no la atiende.

Luego apoyó el sobre en el escritorio y sacó una foto del interior, preguntando:

–¿Quién es?

–John Barrymore –contestó la muchacha burlona, después de una ojeada.

–Está bien –respondió el hombre con tono de reproche–. Ya se arrepentirá. Hay cinco fotos de artistas en este sobre. Si los identifica a todos le regalaremos una suscripción anual de la *Movie Gazette*. Luego escribe un artículo de mil palabras y lo envía a nuestro editor...

–No conozco mil palabras –interrumpió la muchacha, mirando otra vez a la fotografía–. Pero si se trata de una cosa tan sencilla, haré la prueba: Shirley Temple.

–Correcto –aprobó el hombre mientras sacaba otra–. ¿Y esta?

–Bette Davis.

–También correcto; ¿y esta otra?

–Diana Durbin.

–¿Y esta?

–Myrna Loy.

–Muy bien. Ya acertó cuatro. Falta solo una, ¿quién es esta?

La joven tomó la foto y la miró desde distintos ángulos.

–Ya me parecía –murmuró– que había gato encerrado. Quizá se trata de alguna extra que se sentó en uno de los carromatos de «Lo que el viento se llevó» cuando la huida de Virginia.

–De Atlanta, Georgia –corrigió el hombre–. Pero me juzga mal. Creo que debe reconocerla si hace un esfuerzo. Imagínela vestida de otra manera, a lo mejor saliendo de este ascensor, con un sombrero en la cabeza, caminando hasta su escritorio y preguntando por el señor Vail...

La muchacha lo chistó para que callara. El hombre siguió la mirada de la joven y vio que se aproximaba un individuo corpulento, bien vestido y afeitado, de nariz ancha y labios delgados.

–Buenos días, señor Vail –dijo la muchacha tan alegremente como sus pies se lo permitían.

El «Buenos días» de Vail pareció más búlgaro que americano.

–¿Qué sucede? –inquirió, parándose junto al escritorio, con el ceño fruncido al ver las fotos y un extraño—. Me pareció que me nombraban.

–Por casualidad, señor Vail –respondió la muchacha nerviosamente—. Este señor me estaba diciendo que... me mostraba unas...

Se interrumpió porque algo raro acababa de suceder. Vail había clavado los ojos en la foto no identificada, con una expresión de temor en el rostro. Los finos labios se contrajeron y con un hilo de voz dijo:

–Me imagino que podrá explicarme por qué aparece sobre su escritorio esta foto de una antigua amiga mía.

El extraño contestó sonriente:

–Yo puedo proporcionarle una explicación.

–¿Quién es usted? –interrogó Vail.

Sin decir palabra el hombre le alargó una tarjeta donde se leía: A. Hickens, E.M.D.L.S.D.L.H.

Vail indicó con un gesto de asombro las iniciales.

–Se trata de uno de mis títulos –explicó Hickens–: son las siglas de «Espectador melancólico de los sufrimientos de la humanidad».

–¿Quién lo mandó?

–No vine a verlo a usted, señor Vail. Otro día, quizá –y con movimientos tranquilos se apoderó del sobre y las fotos.

–¡Deje esas cosas sobre el escritorio y márchese enseguida!

Pero haciendo caso omiso de las enfurecidas palabras de Vail, Hicks terminó de poner las fotos en el sobre y se dirigió al ascensor.

Cuando salió del edificio, una sombra de preocupación velaba sus facciones. Empezaba a sospechar que el

asunto encomendado era mucho más complicado y desagradable de lo que había supuesto. A juzgar por la expresión de temor en los ojos de Vail, alguien iba a salir mal parado de todo eso.

Para ordenar mejor sus ideas, sentóse en uno de los bancos del parque Bryant.

Las oficinas de la R.I. Dundee & Co, se encontraban en 40th. Street cerca de la Avenida Madison, a corta distancia de las de su odiado competidor, la Republic Products Corporation.

A las once de ese jueves por la mañana, cualquiera que viese a R.I. Dundee sentado tras el escritorio no hubiese sospechado que diez minutos antes una llamada de Chicago le había dado la feliz nueva que acababa de cerrar un contrato por valor de sesenta y ocho mil dólares para proveer de encuadernadores plásticos a una importante firma del ramo. En efecto, permanecía silencioso y con una expresión de cólera y desprecio en sus ojos. Los rasgos firmes y armoniosos de sus facciones, así como su bien cortado traje, le daban una apariencia de pulcritud y distinción que en esos momentos estaba contrarrestada por el desorden de sus cabellos y los ojos inyectados.

Cuando un golpe a la puerta lo sacó de su abstracción, gritó con voz exasperada:

—¡Entre!

Un mensajero le entregó una tarjeta, donde se leía: «A. Hickens, C.A.A.D.B.N.B.L.I.S.P.»

Debajo estaba escrito en tinta: «Acabo de ver al señor Vail. ¿Puede interesarle?»

Dundee observó la tarjeta con cuidado. Luego preguntó:

—¿Qué apariencia tiene este hombre?

—Buen aspecto, señor, a excepción de sus ojos, que son relucientes y amenazadores.

—Hágalo entrar.